

daú; la publicación de la revista *Ethnos* en 1920, así como otras tan valiosas como *El México antiguo* de Beyer; el Instituto de Investigaciones Sociales de la U. N. A. (11 de abril de 1930); el Departamento de Asuntos Indígenas (enero de 1936); la Sociedad Mexicana de Antropología (28 de octubre de 1937); la Escuela Nacional de Antropología, etc.

El doctor Comas propone que se encomiende al Instituto Indigenista Interamericano la obtención y concentración de datos sobre el movimiento indigenista de cada país americano, para lograr una utilísima recopilación de la materia.

JUAN COMAS, *Algunos datos para la historia del indigenismo en México. Sobretiro del Boletín Indigenista*. Vol. VIII. Nº 3. México, D. F., julio 1948.

El teatro en México

Posiblemente por la emoción que despierta en don Carlos González Peña la cosa de vida y de perdurabilidad del arte escénico, en contraste con la cosa espectral y efímera de la cinematografía, las páginas de su nuevo libro *El alma y la máscara* tienen todavía mayor lozanía y frescura que otras de sus obras. En ésta, editada por la Stylo, que no sólo por la calidad y la estética de sus trabajos, sino por la obra de justicia que realiza hacia los escritores mexicanos, se ha conquistado la simpatía profunda de quienes somos devotos del buen libro, el autor de *El patio bajo la luna* nos da una preciosa contribución a la aún muy incompleta historia del teatro en México. Enseña o recuerda las ocho maneras de compañías y representaciones que, según Rojas, se conocían en la España del siglo de oro: bululú, ñaque, gangarilla, cambaleo, garnacha, bojiganga, farándula y compañía. Bululú era como un recitador nómada, que al pasar por un pueblo detenía a interpretar sobre un arca, y a cambio de algunos cuartos o mendrugos que recogía en su sombrero, alguna comedia o loa. El ñaque lo formaban dos: "hacen un entremés, algún poco de acto, dicen unas octavas, dos o tres loas, llevan una barba de zamarro, tocan un tamborino y cobran un ochavo". La gangarilla contaba con tres o cuatro y un muchacho que hace de mujer. El cambaleo, "una mujer que canta y cinco hombres que lloran; éstos traen una comedia, tres o cuatro entremeses, dos autos, un lío de ropa que lo puede llevar una araña". En la garnacha son cinco o seis hombres y una mujer que hace la dama primera, y un muchacho, la segunda. Aquella, con el arca menos exigua de ropas, va en un pollino que los demás arrean. Seis o siete hombres, dos mujeres y un muchacho forman la bojiganga, con repertorio e impedimenta más nume-

rosos. La farándula, "cuyo significado suelen ignorar algunos de nuestros cronistas de teatros —advierte el autor—, es casi una compañía. Las compañías constituyen lo magno y definitivo". Rojas dice que hay en ellas "gente muy discreta, hombres muy estimados, personas muy conocidas y aun mujeres honradas (que donde hay mucho, es fuerza que haya de todo); traen 50 comedias, 300 arrobas de hato, 16 personas que representan, 30 que comen, uno que cobra, y Dios sabe el que hurta".

Después de estas amenas remem-

branzas, explica que el patio de los actuales teatros se llama así, porque patio de verdad, cuando no un corral, era el lugar donde antaño se ofrecían las funciones. Dada la falta de decoraciones se apelaba, y no en vano, a la imaginación de la "infantería" (los que estaban de pie), de los de las gradas y de la "cazuela".

Agrega que ya a fines del XVI se representaban comedias en la capital de la Nueva España. Ya en 1599 funcionaba una "casa de comedias" en la antigua calle de Jesús. Para fines del XVII había teatro en palacio. El teatro

HOMENAJE AL MAESTRO SIERRA EN LA HEMEROTECA NACIONAL

El Rector de la UNAM, licenciado Luis Garrido, hizo el descubrimiento de un busto del maestro don Justo Sierra que se colocó en la Hemeroteca Nacional dirigida por el señor Rafael Carrasco Puente. En el acto hablaron los periodistas Diego Arenas Guzmán y Rafael Heliodoro Valle.

"La presencia del Maestro Justo Sierra en todos los estantes de la Hemeroteca Nacional —dijo el primer orador— justifica el valor de este homenaje, el único que hacía falta en honor a quien llegó a ser el primer periodista misionero, y que alcanzó la envidiable altura de periodista apóstol."

El señor Valle, por su parte, hizo la apología del periodista y la defensa del periodismo de ideas que practicó don Justo y que ha llegado a ser una de las grandes conquistas de la prensa contemporánea. Mencionó a los compañeros del Maestro, a quienes se batieron al lado suyo en las lides de la prensa diaria, y los numerosos periódicos en que colaboró; glosó algunos párrafos de sus escritos e hizo la historia de los treinta y cinco años en que se ganó el pan escribiendo jugosas cuartillas y poniendo su talento al servicio de la misión más noble del diario: la orientación.

Coincidiendo con la ceremonia aludida, en el Museo Iconográfico de la propia Hemeroteca se presentó una copiosísima Exposición de documentos relacionados con la actividad periodística del Maestro de América.

Hay en esa exposición, debidamente distribuidos en estantes adecuados para su mejor observación, cartas suyas dirigidas a grandes personalidades europeas de la época, libros que son los primeros que escribió, colecciones de revistas y periódicos en que están sus notas y múltiples ejemplares de la prensa de aquel entonces que se ocupan de sus actos y en los cuales se pueden leer muchos de sus discursos.

Entre las muestras que más sedujeron a los primeros visitantes se encuentran los originales de *Piedad*, drama en tres actos,

original de don Justo, y el cual tiene una dedicatoria a "la bohemia literaria" de su tiempo. Hay además los originales de las cartas dirigidas a Víctor Hugo —al estallar la guerra europea del 71—, en cuyos primeros párrafos se lee con letra del puño del Maestro: "Berlín el libro y París la palabra; Francia el corazón y Alemania el pensamiento, no pueden destruirse."

El original de otra carta dirigida a don Joaquín Casasús, fechada en 1906; otra para don Benito Pérez Galdós, cuya fecha es diciembre de 1905. Números de la *Revista Mexicana de Educación* que dirigió en 1912 el licenciado Alfonso Pruneda y en la cual hay colaboraciones del Maestro. El número de la revista literaria *El Renacimiento* en que aparece un artículo de don Justo en honor de Víctor Hugo. Varios números del *Diario de los Debates* de la Cámara de Diputados en que hay discursos del patricio. Un bello artículo del maestro en honor a don Ignacio M. Altamirano y que aparece en la *Revista Nacional de Literatura y Ciencias*; su discurso en el Primer Concurso Científico Mexicano; varios ejemplares de la obra *En Tierra Yanqui*, editado en 1895. Pero también aparece el número de una vieja revista que contiene el soneto dedicado a José Martí y cuyo primer cuarteto dice:

*No ocultará por siempre a nuestra vista
Tu cuerpo sacro el arenal nativo,
¡Ay! Sin que mi lamento fugitivo
Diga el dolor que el corazón contrista.*

Figuran también varios números de *El Mundo*, en donde hay extensas crónicas sobre las bodas de plata matrimoniales de don Justo, acontecimiento que llenó de gozo al pueblo mexicano.

Pero lo que más se detienen a leer los que visitan la exposición es el discurso del Maestro pronunciado con ocasión del Congreso Hispanoamericano y que aparece publicado en *El Imparcial* (diario de la mañana), que por aquel tiempo dirigía don Rafael Reyes Spíndola.

"Principal" empieza a construirse en 1753.

Muchas semejanzas debe haber entre la historia de nuestro teatro y la de los teatros de los demás países de la América española. El infaltable Don Juan, desde luego, y en cuestión de actores y actrices, las mismas notabilidades: Adelaida Ristori, María Guerrero, don Fernando Díaz de Mendoza (del que nos hace saber que era dos veces Grande de España), Tina di Lorenzo, tan recordada aún por nuestros viejos, Virginia Reiter, Italia Vitaliani... Y en cuanto a Sarah Bernhardt, González Peña le clava el aguijón de donosos sarcasmos que —debemos confesarlo— nos despiertan sonrisas y risas aprobatorias, tal vez porque Eça de Queiroz ya nos había puesto en guardia contra una gloria tan estrepitosa.

Llegado el momento preciso, González Peña arranca de este paralelismo con el teatro europeo, el teatro mexicano. Sólo lamentamos que omita citar el *Cuauhtémoc* de Tomás Domínguez Illanes, que constituyó uno de los grandes éxitos de Virginia Fábregas y, si no la primera, sí una de las primeras y de las poquísimas obras de autor auténticamente mexicano, que llegaron a representarse hasta en Madrid. En cambio, aporta datos muy importantes sobre la época en que por la cantidad, y a veces hasta por la calidad de las obras, puede ya hablarse, si no todavía de un teatro mexicano, sí de un teatro de mexicanos (para quien esto escribe, estimular demasiado el nacionalismo puede dar margen a artes forzadas y a engendros sacados con forceps). Surgen entonces *Los culpables*, de Parada León; *Alma Mater*, de Tinoco; *El primo de Rivera*, de José Luis Velasco; *El novio número 13*, de Michel; *Al fin mujer* de los hermanos Lozano García; *Las pasiones mandan*, de Díez Barroso, y *Viviré para ti*, de Francisco Monterde, a más de las reposiciones de las obras de Gamboa, Catalina d'Ezzell y María Luisa Ocampo. Entre las nuevas obras, González Peña pide, y con razón, que se haga justicia a los méritos de *Sor Adoración*, de Jiménez Rueda; *Al fin mujer*, de Lázaro y Carlos Lozano García, y *Viviré para ti*, de Francisco Monterde. Y así, enriqueciendo su crónica con comentarios sobre artistas tan queridas como Virginia Fábregas y sobre verdaderas estrellas extranjeras, incluso del ballet, como Ana Pavlowa y Antonia Mercé, lleva la historia de nuestro teatro hasta la representación de *El gesticulador*, de Usigli (del que ya en otra ocasión nos ocupamos) y hasta ese gran actor mexicano que es Alfredo Gómez de la Vega.

CARLOS GONZÁLEZ PEÑA, *El alma y la máscara*. Editorial Stylo. México, 1948.